

siderable y muy adecuadas para perturbar la tranquilidad de su subordinado. Desde hacía veinte años, Dutilleul empezaba sus cartas con la fórmula siguiente: “Refiriéndome a vuestra honorable del tanto del corriente y, como ayuda memoria, a nuestro intercambio de cartas anterior, tengo el honor de informarle...”. El señor Lécuyer entendió que había que reemplazar esa fórmula por otra con un giro más americano: “En respuesta a la carta del tanto, le informo...”. Dutilleul no pudo acostumbrarse a esos modos epistolares. A pesar de sí mismo regresaba a la manera tradicional, con una obstinación maquinal que le valió la enemistad en aumento de su jefe. La atmósfera del Ministerio de Registros se le hizo casi pesada. Por la mañana, iba a su trabajo con aprensión, y por la noche, en la cama, le pasaba con mucha frecuencia que meditaba un cuarto de hora entero antes de encontrar el sueño.

Desmoralizado por aquella voluntad retrógrada que comprometía el éxito de sus reformas, el señor Lécuyer había relegado a Dutilleul a un reducto medio a oscuras contiguo a su escritorio. Se accedía a él por una puerta baja y estrecha que daba sobre el corredor y que seguía llevando en letras mayúsculas la inscripción: “TRASTOS”. Dutilleul había aceptado con corazón resignado aquella humillación sin pre-

















Al cabo de una semana, “El hombre-lobo” conoció una fama extraordinaria. El público le dio sin reservas su simpatía a aquel desvalijador prestigioso que se burlaba con tanta gracia de la policía. Cada noche se destacaba por una nueva hazaña en detrimento de un banco, una joyería o un rico. Tanto en París como en los suburbios, no había mujer un poco soñadora que no tuviera el deseo ferviente de pertenecer en cuerpo y alma al terrible “Hombre-lobo”. Después del robo del famoso diamante de Burdigala y del golpe al Banco Municipal, que tuvieron lugar en la misma semana, el entusiasmo de la multitud llegó al delirio. El ministro del Interior tuvo que renunciar, arrastrando en su caída al ministro de Registros.



Cuando Dutilleul entró en las instalaciones de La Santé, tuvo la impresión de ser un mimado por la fortuna. Para él el grosor de las paredes era un auténtico regalo. Al día siguiente mismo de su encarcelamiento, los guardias descubrieron con estupor que el prisionero había clavado un clavo en la pared y colgado de él un reloj de oro que pertenecía al director de la cárcel. No pudo o no quiso revelar cómo había llegado a sus manos aquel objeto. El reloj fue devuelto a su dueño y, al día siguiente, volvieron a encontrarlo en la cabecera de la cama del “Hombre-lobo” con el primer tomo de *Los tres mosqueteros*, pedido en préstamo a la biblioteca del director. El personal de La Santé andaba de cabeza. Los guardias se quejaban, por otra parte, de recibir puntapiés en el trasero, cuyo origen era inexplicable. Parecía que las paredes no tuviesen oídos, sino pies. El “Hombre-lobo” llevaba una semana detenido, cuando el director de La Santé, al entrar a su despacho, encontró sobre la mesa la siguiente carta:


















saturado del placer de atravesar las paredes. Las más gruesas, las más orgullosas, le parecían ahora simples tabiques, y soñaba con hundirse en el corazón de alguna maciza pirámide. Mientras maduraba el proyecto de un viaje a Egipto, llevaba una vida de lo más apacible, repartida entre su colección de estampillas, el cine y largos paseos a través de Montmartre. Su metamorfosis era tan completa que pasaba, lampiño y con anteojos de concha, junto a sus mejores amigos sin ser reconocido. Solo el pintor Gen Paul, a quien nada se le podía escapar de un cambio en la fisonomía de un viejo habitante del barrio, había terminado por captar su verdadera identidad. Una mañana en que se encontró cara a cara con Dutilleul en la esquina de la Calle del Abrevadero, no pudo controlarse de decirle en su rudo lunfardo:

—Oí, turro, veo que te ponés facha de bueno para que no te cale la cana.

Lo que significa más o menos en lenguaje común: “Veo que te disfrazaste de elegante para confundir a los policías”.

—¡Ah! —murmuró Dutilleul—. ¡Me reconociste!

Aquello lo desconcertó y decidió apresurar su partida a Egipto. Fue en la tarde del mismo día que se enamoró de una belleza rubia con la que se había cruzado dos veces en la calle Lepic, con un cuarto de hora de intervalo. Se olvidó de inmediato de su colección

